

# Borges y Sabato, enfrentados

FERNANDO RODRIGO BELTRÁN NIEVES<sup>1</sup>

**RESUMEN:** Este ensayo se propone reconstruir el debate político que sostuvieron Jorge Luis Borges y Ernesto Sabato a propósito del peronismo en 1956 y 1957. Propuesta por Jean-Paul Sartre, la figura del “escritor comprometido” será aquí analizada en función de esta disputa ideológica entre ambos creadores.

**ABSTRACT:** This essay seeks to reconstruct the political debate on Peronism between Jorge Luis Borges and Ernesto Sabato held in 1956 and 1957. The figure of the “committed writer,” proposed by Jean-Paul Sartre, will be analyzed according to this ideological dispute between the two writers.

*Palabras clave:* Borges, Sabato, Perón, peronismo, antiperonismo.

*Key words:* Borges, Sabato, Perón, Peronism, anti-Peronism.

Abierta disputa política-intelectual hoy y también meollo del asunto de la Argentina contemporánea, el tema de Juan Domingo Perón en el poder ha sido un vasto cultivo de ideas y de pasiones. Entre sus defensores y sus detractores, su acaecimiento histórico los llevó a tal nivel de enfrentamiento que hundieron al país en un largo periodo de sufrimiento, dolor y muerte. En tanto lucha ideológica, implicó la ruptura de Ernesto Sabato con Jorge Luis Borges en 1956. Tras el desencuentro, sólo la literatura, como pretexto mediante, los volverá a encontrar juntos cuando, a

<sup>1</sup> Maestro en Estudios Políticos y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctorando en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Correo electrónico: efebve@gmail.com.

partir de una confluencia fortuita de ambos en una librería de Buenos Aires, Orlando Barone (1976) logre citarlos en diferentes encuentros para el intercambio de puntos de vista sobre su relación con la ficción en el verano de 1974 y 1975.

Este ensayo se propone reconstruir las posturas esgrimidas en el enfrentamiento político entre ambos escritores e intenta analizar la figura que Jean-Paul Sartre resolvió conceptualizar como “escritor comprometido”, pues si ambos creadores lo representaron cada quien a su modo con intensidad y autenticidad, el peronismo no hará sino evidenciar las contradicciones que les supuso esta figura.

En agosto de 1946, *Sur*, la prestigiosa revista dirigida por Victoria Ocampo, difundió en las últimas páginas del número del mes una experiencia personal de Jorge Luis Borges a propósito de un homenaje. Dada la sofisticada obra publicada que empezó con *Fervor de Buenos Aires* de 1923, Borges era para la época —inútil abundar en el particular— uno de los más importantes escritores vivos de la Argentina, quizás el más importante.

Borges cuenta que “hace un mes o un año platónico” fue removido de sus nueve años de bibliotecario por haber firmado “temerariamente” una declaración democrática a favor de los países aliados. De la anécdota, Borges recuerda dos detalles de aquella oficina peronista a la que lo dirigieron, un cuadro rectangular y el epigrama *Dele-dele*, y extrae una conclusión: “[...] las dictaduras fomentan la opresión, fomentan el servilismo, fomentan la crueldad, [pero] más abominable es el hecho de que fomenten la idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y muertas prefijados, muros exornados de nombres, ceremonias unánimes, la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez [...]. Combatir estas tristes monotonías es uno de los tantos deberes del escritor” (1948: 114-115).

Borges hace referencia a su labor desempeñada en la Biblioteca José Mármol de la calle Carlos Calvo. Las palabras dichas por Borges pertenecen al homenaje que le consagró la Sociedad

Argentina de Escritores, dirigida entonces por el narrador comunista Leónidas Barletta, quien lo elogiara en el acto por el coraje cívico de la renuncia —que testimonia Borges— al puesto de inspector de aves y huevos en los mercados municipales. Este “ascenso” se lo otorgó el peronismo al escritor presuntamente por la firma de esa carta. Borges juzgó esto —¿podía no hacerlo?— como una verdadera afrenta de la “barbarie” a su figura como escritor (Salas, 1994: 221). Seamos claros: con Perón en el poder, Borges mutaba de bibliotecario a polizonte. Con Perón en el poder, los intelectuales críticos de su gobierno serán intervenidos, atacados, amordazados, despedidos si también eran profesores. Por tal motivo, la mayoría de los intelectuales argentinos celebrarán la caída de Perón en septiembre de 1955, incluido, claro está, el pesebre de Victoria Ocampo que daba vida a la revista *Sur*, Ernesto Sabato incluido, así como Ezequiel Martínez Estrada o el joven Rodolfo Walsh.

Entre los incontables “descamisados” que debieron tomar las principales calles de la ciudad de Buenos Aires para que Juan Domingo Perón, entonces ministro del Trabajo, no fuera depuesto de sus funciones en octubre de 1945 —y en cuyo cargo tres años antes había labrado el terreno para sancionar constitucionalmente viejas exigencias sindicales—, el “Dele-Dele, Coronel” formaba parte de los símbolos de una intensa y compleja batalla sociopolítica e ideológica para que Perón asumiera el poder. Lo tomará en tres ocasiones pero en contextos diferentes: en las elecciones presidenciales de febrero de 1946; en las de abril de 1952, que supusieron la reelección y, tras 18 años de exilio en España, así como de proscripción política de su partido, en las de septiembre de 1973. En efecto, si el 17 de octubre de 1946 las masas obreras no hubiesen tomado la Plaza de Mayo, centro neurálgico del poder, para que su líder no fuera depuesto como ministro y no hubiesen concurrido, además, a votaciones para legitimar el primer periodo presidencial, la sola fuerza del coronel Perón,

sujeto a negociaciones y jalneos entre sus pares y contrincantes, no hubiera reivindicado el triunfo.

Perón en el poder es un asunto claroscuro por lo menos. Como ministro del Trabajo, sugiere José Pablo Feinmann (2011), Perón vio en los trabajadores, algunos de ellos organizados en sindicatos, muchos otros inmigrantes recientes y no pocos provincianos al borde del *lumpenproletariat* de Marx, la base social de su gobierno. El proletariado argentino no contaba con un periodo largo de formación, ni como cuerpo ni como conciencia social. Sin embargo, como nueva fuerza social estaba ahí, planteaba demandas, suponía medidas de gobierno. Antes de Perón, nunca antes ningún ejecutivo se había propuesto escucharlo, reconocerlo, plantearse negociaciones, lograr acuerdos, encabezarlo, protegerlo.

No debe olvidarse que la llamada “década infame”, los años treinta, había sido todo menos “nacional y popular”. Sea lo que fuere, la llamada “justicia social”, que se identifica con y suele reconocérsele al peronismo, se fundamenta en medidas políticas de redistribución de la riqueza y de protección laboral. Al lado de Eva, Perón sancionó reivindicaciones de la mujer, como el derecho al voto. En materia de análisis sociopolítico, la distinción entre concesión o conquista no es cosa menor. ¿Esta transformación en todos los órdenes y de primerísima importancia fue una concesión de la mancuerna Eva y Perón o una conquista arrancada? El marxista Melcíades Peña, por su parte, no tendrá ninguna duda en afirmar que se trató de una concesión, lógica consecuencia, la razón más importante del triunfo antiperonista en septiembre de 1955 porque, pregunta obligada, ¿de dónde saldría el “peronismo combativo” cuando el que había realmente no había sido sino un “obrerismo domesticado”, cuyo líder, a la hora de la hora, resolvió irse al exilio?

El lado oscuro de la historia reivindicativa de Perón es que al mismo tiempo que su gobierno desplegaba medidas políticas de avanzada y admirables para con los trabajadores, amplias masas

otrora desprotegidas y agraviadas, olvidadas y desposeídas, fue autoritario y represivo con los que no lo apoyaban o lo criticaban. En suma, los que no eran obreros ni descamisados ni marginales. En efecto, partes innegables del “pueblo” argentino no sólo estuvieron en desacuerdo con Perón, sino que de algún modo lo combatieron: la Iglesia católica, que en un momento estuvo de su lado, la oligarquía y la pequeña burguesía, de donde brota la raíz social de la intelectualidad. Junto con militares opositores, serán estas cuatro fuerzas las que se movilizarán bajo el mote de “Revolución Liberadora” en septiembre de 1955 y asestarán el golpe decisivo a Perón.

Típicos derechos burgueses, la libertad de prensa, de opinión, de expresión, son condiciones necesarias e irremplazables para la vida intelectual. Condiciones necesarias para que los hombres de ideas, entre ellos los escritores, cumplan sus deberes, para que lo que tengan que decir, profundo o gratuito, sea dicho. Como lo recuerda Lewis Coser (1968: 19), el salón y el café, la revista mensual, el mercado literario, la pequeña revista, la crítica por escrito, los recintos culturales y educativos activos, en suma, la libre producción y circulación de ideas hace posible la vida intelectual. Si este ambiente favorable no existe, la vida intelectual se marchita. Advertido ya por Leibniz, todo tiene su razón de ser. La *raison d'être* de la censura y del ataque a los intelectuales en los dos primeros gobiernos peronistas (1946-1955) fue asumir la postura —tan problemática como cuestionable— que la juzgó como una poderosa vía de expresión de la oligarquía, ya sea de manera directa o indirecta. La frase, tipo eslogan, “alpargatas sí, libros no”, expresaba de modo clarísimo la orientación obrera del régimen peronista, en detrimento de la tolerancia hacia los hombres de ideas. El razonamiento político del régimen pudo haber estado equivocado o no, pero no era un disparate. A propósito de la clausura de un diario como *La Prensa*, el diario de la United Press y de la Sociedad Rural —léase la oligarquía misma—, Eva

Perón y John William Cooke mantienen el siguiente diálogo ficticio, cuya autoría es de José Pablo Feinmann:

Eva: ¿No tendrán razón los contreras? ¿No seré una dictadora?

Cooke: Nuestros enemigos se llenan la boca con la palabra democracia, pero si nos llegan a derrocar... no creo que sean muy democráticos con nosotros.

*Evita sonríe.*

Cooke: [...] Apold y yo coincidimos en querer cerrar *La Prensa*. Pero Apold quiso hacerlo porque quiere que el peronismo sea una dictadura. Yo quiero que el peronismo sea una revolución. Ahora usted me pregunta si no será una dictadora, como dicen sus enemigos. Escúcheme bien, señora: si una dictadura es una revolución... se justifica. Si no es una revolución... entonces es una dictadura y nada más. Apenas eso (Feinmann, 2011: 223-224).

En efecto, para los fines que se propuso el peronismo en el poder —la distribución de la riqueza y la concesión de importantes derechos laborales y sociales sancionados en la constitución—, atacó como nadie con anterioridad a la oligarquía. Se propuso una férrea sustracción de las ganancias del capital privado, nacional y extranjero, y diseñó una estrategia de redistribución, así como de inversión en manos del Estado. Nada más ni nada menos, pero fuera de lo estrictamente excepcional. El llamado “Estado de bienestar” se expandía en diferentes frentes y bajo diversas modalidades alrededor del mundo. Por si esto fuera poco, censuró a la disidencia —partidos de oposición e intelectualidad— que estaba financiada en términos objetivos por la oligarquía; si se quiere, ligada también con la pequeña burguesía. Para sumo malestar de Borges, el peronismo no incurrió en el pudor de sus logros, más bien lo contrario, le dio harta publicidad mediante la propagación de los rostros de sus dos líderes. Además, sumo reprochable —¿pero acaso evitable?—, recurrió para sus fines a medios menos nobles: las amenazas, los despidos, los exilios,

el insulto cotidiano, los encarcelamientos, las exacciones, los robos, las torturas. Su completa membresía al totalitarismo. ¿Una dictadura sin más o una dictadura para hacer la revolución?

En agosto de 1946, según experiencia personal, Borges no tiene ninguna duda para calificar el gobierno de Perón de “dictadura, opresión, barbarie, fomento de la estupidez”. Si sólo importara la suerte de un hombre —cuya obra escrita, sin embargo, concentra la máxima atención de la “república de las letras”— y no los intereses de la amplia mayoría; si sólo se tratara de juzgar la vejación de un individuo —quien representa, razón de su parte, la “minoría pensante” y más emblemática— y no la emancipación de una mayoría, nunca considerada ni reivindicada ni defendida en la historia moderna argentina, estaríamos obligados a coincidir con Borges sobre la crueldad del régimen. Como lo prueba el trato dado a Borges —Victoria Ocampo, por su parte, mencionará en las páginas de su revista los escarnios que sufrió en carne propia en las oficinas de *Sur* (Ocampo, 1955: 4-8)—, muy a menudo se enfatiza el carácter nazi o facho del peronismo en el poder. Sin embargo, como indica Feinmann, las muertes contadas en nueve años de poder se reducen sólo a una. Cosa extraña, en verdad, para un régimen totalitario y nazifascista. En la investigación de Eduardo Jozami sobre Rodolfo Walsh se sostiene que se trató de un suicidio (2006: 281). En suma, justiciero y protector para con los obreros, progresista en materia de derechos sociales, pero para la oligarquía, quien sufrió la extracción de sus ganancias y constató la “personalidad” obrera, así como sus “estilos bárbaros” de vida en Buenos Aires, el peronismo no fue más que una tiranía. Para la “intelectualidad opositora”, que no gozó de libertad de prensa ni de opinión, no lo fue mucho menos.

Max Weber había alertado sobre las consecuencias inesperadas que conlleva la acción. En efecto, cuenta Ricardo Piglia (2014) que la renuncia al “ascenso” le produjo a Borges el desempleo, lo que le orilló a tomar en serio la posibilidad de dedicarse a impar-

tir conferencias sobre literatura. Animado por una amiga suya para que acudiese al psicoanálisis y atendiera asuntos más bien de carácter personal, Borges sorteará su antigua imposibilidad de hablar frente a un público. ¿Debe imputársele al peronismo la razón principal de que Borges se haya inclinado hacia este modo de exposición intelectual —la conferencia—, cuya “estructura” modificará en grado sumo? Sea lo que fuere, Borges no enmendará en ningún momento su postura frente al peronismo, pero expondrá sobre el particular un par de razones más cuando Ernesto Sabato insista en el debate político.

Sabato había llegado a la revista *Sur* de la mano de Pedro Henríquez Ureña en 1941. Ambos se conocieron cuando el dominicano impartía clases de español en La Plata, colegio secundario al que asistiría Sabato. Después de haber desarrollado su magisterio en México y de haber alentado una alta obra intelectual al lado de Alfonso Reyes, Antonio Caso y José Vasconcelos en el Ateneo, Henríquez Ureña hará suyo este menudo oficio de profesor hasta el último día de su vida. Por otra parte, proveniente de Rojas, provincia de Buenos Aires, e hijo de padre italiano y madre albanesa, Sabato vivió su juventud en La Plata bajo el forcejeo de tres poderosas obsesiones: la física, la política, el arte. La primera lo hará doctorarse en físico-matemáticas en la Universidad de La Plata en 1939, cuando terminó sus estancias doctorales en el laboratorio Curie en París y en el instituto de Massachussets, obligado a dejar Europa a causa del estallido de la Segunda Guerra Mundial. La política lo vinculará, desde muy joven, con el anarquismo y con las juventudes comunistas, lo que lo conducirá por primera vez a Europa con destino final a la entonces Unión Soviética. Sin embargo, su descreimiento del comunismo en manos de Stalin lo hará romper para siempre con su militancia al interior del Partido Comunista. Fueron las jóvenes voces de Octavio Paz y Sabato, casi al mismo tiempo, las primeras posturas latinoamericanas en alertar sobre los crímenes

de Stalin. Aunado al malestar que le provocara el abismo zanjado por la ciencia física frente al hombre concreto, así como los efectos de las aplicaciones técnicas de esta ciencia juzgados negativos en función de su contribución decisiva en la enajenación y crisis del hombre —véanse, si no, los campos de concentración—, el interés artístico de Sabato lo vinculó con los estertores del surrealismo en Francia cuando asistía al laboratorio Curie. A la manera del doctor Jekyll y mister Hyde, Sabato desempeñaba funciones de físico de día pero por las noches frecuentaba a pintores y escritores cuya filosofía se situaba en las antípodas con respecto a la ciencia.

En las orillas de los años cuarenta, Sabato está atrinchera-do en dos frentes abiertos en Argentina. Se desempeña como profesor de física de Einstein en el programa de doctorado en físico-matemáticas de la Universidad de La Plata y, gracias a la ya mencionada ayuda de Henríquez Ureña, cuya figura como maestro y humanista enaltecerá siempre (Sabato, 1966), comienza su participación como colaborador en la prestigiosa revista *Sur*. A la edad de 31 años, escribe su primera colaboración: una reseña de *La invención de Morel* de Adolfo Bioy Casares, cuyo prólogo había sido escrito por Borges. En dicha revista aparecerá su nombre un par de veces como traductor del francés al español y será autor de algunas reseñas más. En casa de Silvina Ocampo, Heráclito de Efeso, la esfera de Parménides, los números transinfinitos, la cuarta dimensión, el tiempo, las paradojas de Zenón, el plano conjetural, los absurdos, las aporías, eran los tópicos de las conversaciones sostenidas entre Adolfo Bioy Casares, Borges, José Bianco y Sabato, entre otros.

En *Sur* Sabato pasaba como un notable físico cuya escritura ofrecía signos de precisión y claridad. La crítica de su primera novela que aparecerá en *Sur* sentencia la confirmación de un “magnífico” escritor (Sánchez Riva, 1948). A los colaboradores de *Sur*, todos de un excepcional capital literario, no pudo haberles pasado como un asunto *sui generis* que un físico escribiera bien,

pues Lautréamont, Fiodor Dostoievsky o Robert Musil provenían de las matemáticas. Antes de la llegada de Perón al poder, Sabato hará tres jugadas de alto riesgo. En 1943 renunciará a su puesto de profesor universitario, clara señal de que abandonaba la ciencia; como coloforo, regalará a sus amigos todos sus libros científicos. Dado este paso, momentos de incertidumbre: Sabato y Matilde, su mujer, y el primer hijo de ambos, Jorge Federico, permanecen todo un año en un rancho en la provincia de Córdoba. Sin luz eléctrica, sin calefacción y sin agua potable, Sabato redactará el manuscrito que será conocido como *Uno y el universo*, primer libro en la trayectoria, ensayo de aforismos y sentencias breves, publicado por cuenta propia en 1945. Como se advierte en la nota preliminar, el autor testimonia que su tránsito por la ciencia ha concluido. Comienza así su incursión en el continente más convulso y más misterioso de la escritura y de la ficción.

Adiestrado en el rigor y en la autocrítica —que supone la labor científica—, Sabato es renuente a la publicación pero no a la escritura. Aunque *El túnel* —cuya traducción al francés no tardó en llegar bajo el sello Gallimard, por medio de la recomendación de Albert Camus— es su primera novela, publicada en 1948, existió otra novela que llevaba por título *La fuente muda*; un capítulo apareció en *Sur* en noviembre de 1947. No sólo la revista le dedicó un espacio considerable, sino que es la única evidencia de este proyecto inconcluso (Sabato: 1947: 24-65). Una hipótesis indica que en este capítulo se encuentran expuestos los rasgos esenciales de lo que tratará toda la novelística posterior del autor: los sueños, el mal, la metafísica, la historia, las pasiones.

Acaecido el golpe llamado “Revolución Libertadora”, las posturas sobre lo que fue el peronismo no tardarán en producirse en lo inmediato. Violentados durante nueve años, no es inexplicable que los intelectuales orgánicos, en su conjunto, se dedicasen a la celebración o la afrenta ideológica con el régimen depuesto. Cosa más trabajosa, tratarán de argüir la conveniencia de un gobierno

democrático de verdad, que debió de haber venido después pero que no vino. El libre análisis y la discusión al respecto durarán lo que tarde en instaurarse el decreto 4161 de 1958, ratificado en 1963, que prohibía la mención pública de los líderes del peronismo. ¿Un supuesto régimen democrático no estaba obligado a tratar democráticamente a sus enemigos? Rara democracia la que instauraron, por decir lo menos, los triunfadores del golpe. En efecto, la proscripción del peronismo en elecciones presidenciales y el exilio de Perón no se levantarán sino hasta 1973.

Al triunfo del golpe, Borges asegura haber dicho en Montevideo

que el régimen de Perón era abominable, que la revolución que lo derribó fue un acto de justicia y que el gobierno de esa revolución merece la amistad y la gratitud de todos los argentinos. Dije también que había que despertar en el pueblo un sentimiento de vergüenza por los delitos cometidos durante 12 años de nuestra historia y denuncié a quienes directa o indirectamente vindican ese largo espacio de infamia (Borges, 1956: 52).

Quien lo vindicó, según Borges, había sido Ezequiel Martínez Estrada. Éste leyó las declaraciones de Borges mediante la prensa uruguaya y, en reportaje posterior, lo llamó “turiferario a sueldo” por haber comentado, según la nota mencionada, que los militares Rojas y Aramburu —las cabezas del golpe a Perón— pudieron haber estado equivocados pero no eran los culpables.

Las reivindicaciones a las que alude Borges son expuestas del siguiente modo. En clara oposición a la actitud de encontrar causas de índole infinita, pues no hay cosa en el mundo que no suponga un antecedente y todos los demás, en lo cotidiano se admite sin más el libre albedrío. Los comentaristas del peronismo, sin embargo, sólo encuentran necesidades históricas o procesos irreversibles, pero no en el evidente Perón. Como lo hace el hombre de la calle, Borges se adhiere al lenguaje rudimental: la

realidad de la culpa o del libre albedrío. Junto con el hombre de la calle, Borges es partidario del lenguaje que habla de hijos de perra o de sinvergüenzas, pues “en el universo hay dos hechos elementales, que son el bien y el mal o, como dicen los persas, la luz y la tiniebla, o como dicen otros, Dios y el Demonio” (Borges, 1956: 52-53).

Desconozco si Martínez Estrada continuó la polémica, pero el que la hizo suya fue Sabato. El intelectual, había escrito Sartre, es aquel que se mete donde no lo llaman. En efecto, autor ya de otros dos ensayos: *Hombres y engranajes* (1951) y *Heterodoxia* (1953), Sabato se propuso un ajuste de cuentas de lo que le significó el peronismo. A juzgar por los textos publicados entre 1955 y 1957, los años inmediatos al golpe de septiembre, Sabato intentó responder a la brevedad mediante el ensayo. Por supuesto, no es un ámbito de su entera exclusividad, lo que prueba el también ensayo de Mario Amadeo *Ayer, hoy, mañana* (1956), texto que Sabato tomará como pretexto y responderá con *La otra cara del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo* (1956a).

Borges y Sabato participaron en el número 237 de *Sur*, al final de 1955, cuya temática no era otra que “La reconstrucción nacional”. El golpe triunfa y la *intelligentsia* dispara. En dicho número, Victoria Ocampo se encargará de denunciar tanto las vejaciones que sufrió en su persona —27 días de cárcel— como la intervención del régimen —por lo menos una vez— en las oficinas de la revista. Borges, por su parte, hablará otra vez de infamia, crueldad, atroz realidad —“ilusión cómica”, titularía en francés su contribución— y añadirá el carácter patético del régimen. Sabato reflexionará sobre la literatura argentina, cuya razón no debía de ser la patria del disfraz o del carnaval o del más bajo patrioterismo —alusión al régimen depuesto—, sino los perennes problemas metafísicos: la finitud y la imperfección del hombre. De tal modo que una “literatura nacional” debía ser aquella que, con madurez, aceptara que sus supuestas virtudes no serían tales

o no serían excepcionales; que toda virtud va pareja de sus taras, fuente de vergüenzas que habría que asumir.

En este número, en la inmediatez de la caída de Perón, Borges y Sabato tienen sobre todo acuerdos: el peronismo, para el primero, fue una especie de terrible ficción, de mal gusto, cuyo lapso fue sombrío y patético. Para Sabato, el peronismo muestra los lados oscuros de una patria, las bajezas de un espíritu, miserias y pobrezas de las que ninguna nación está exenta. Patrias sufrientes e imperfectas en las que, no obstante sus errores, a veces tan terribles, sus hijos pueden encontrar puntos de acuerdo: la redención, no menos que la mutua comprensión. Una profunda convicción unía a Borges y Sabato: que el siguiente régimen no podía ser ni autoritario ni represor ni patético ni cruel... Muy lejana estaría la realidad inmediata de aquella certidumbre compartida.

Las declaraciones de Borges en Montevideo el 4 de junio de 1956 fueron juzgadas por Sabato como apremiantes de un debate en aras de una comprensión del peronismo, al menos de la que Sabato ya tenía en sus manos o estaba terminando de construir. Suena más creíble la que ya posee y está interesado, quizás obligado, en debatir las otras. Con todo y las razones que esgrimía Borges, Sabato intentó un juicio menos absoluto. Ensayó uno tal que no acogiera la *illusion comique*, el cómodo argumento de “pan y circo”, del hambre en el estómago, razón fisiológica por medio de la cual las masas se rindieron a los pies de Perón. Desechó la que responsabiliza de todos los males al luciferino individuo Perón, incluida toda su verborrea. Es innegable que Perón tampoco le agrada. En suma, en consideración de lo expuesto en *La otra cara del peronismo*, Sabato es de la convicción de que el movimiento político de masas que encabeza Perón es una expresión propia de las pasiones, que son, en sus palabras, “femeninas e irracionales”: su móvil es el resentimiento. Poderoso móvil del corazón colectivo que se había acumulado tiempo atrás en las entrañas de los más desfavorecidos: gauchos, gringos

empobrecidos, criollos, inmigrantes, peones. El líder, igualmente resentido, supo ver el sentimiento negativo, reconocerlo, explotarlo y usufructuarlo en su favor. Tesis nada despreciable, por lo demás, pues como ocurre con el hombre concreto, no son sus ideas, como han sostenido todos los iluministas, sino sus pasiones las responsables de su destino.

Si es posible concentrar mi argumento en un solo punto, Sabato se orientó hacia una interpretación conciliadora. ¿No es el gran escritor aquel que logra percibir las perfecciones y las imperfecciones del hombre, las grandezas y las porquerías de las que hablaba Pascal? Una interpretación que reconociera los avances dentro y a causa del peronismo, así como las no pocas razones de su caída, asunto tanto menos difícil como muy transitado en la inmediatez del golpe. En su análisis, ¿qué juzgó positivo? Cosa sabida es que la población que creció en Argentina en el paso del siglo XIX al primer cuarto del XX fue un asunto de inmigración europea y su mezcolanza con gauchos, criollos y gringos empobrecidos. Amalgama que dará, al final de cuentas, el rostro nuevo de las clases populares y populacheras del país: “cabecitas negras”, “grasitas”. Éstas se encargarán de crear el tango y la milonga, esa “metafísica que se baila”. Si algo borró sus diferencias étnico-raciales, lo fue su condición social: parias u obreros disponibles para la explotación capitalista. Pero no sólo esto, sino que el envilecimiento de los regímenes políticos, que hablaban de democracia pero no ofrecían sino injusticias y castigos, abonó en el amplio descreimiento. Abandonada y descreída, será la masa que vitoreará a Perón.

En su respuesta a Borges, Sabato señala la no condescendencia del ingenio de Borges a propósito del peronismo. Más grave aún, le reprocha que se niegue a comprender y aceptar que todos han sido culpables de la historia negra; sin embargo, buena parte de “la verdad histórica estaba con las oscuras y desamparadas masas que se levantaron”. Este argumento está expuesto con más

amplitud en *El otro rostro del peronismo*. Observa Sabato en su respuesta a Borges que a propósito del peronismo no ha habido un cuento caro a su estilo, en el que aparezca por ejemplo la infinita identidad de los contrarios. Lejos está Borges de afirmar que “todos, de alguna manera, somos Perón”.

Nada de andar con [...] jueguitos metafísicos [...]. Las cosas claras: de un lado el Mal, la masa obrera, la chusma, la roña, las alpargatas, eso que los persas llaman Ahrimán [la tiniebla]; del otro lado, el Bien, los antiperonistas, Borges, eso que los persas llaman Ormuzd [la luz]. Siempre ha constituido una fuerte tentación metafísica la de escindir la realidad en Mal y en Bien, y una comprensible tentación personal la de colocarse, el que traza la raya, del lado del Bien (Sabato, 1971a: 59).

Expuestos en juicios como el de “sinvergüenzas” o “hijos de perra”, Borges los cree convenientes para someter el peronismo al método histórico de su gusto: el libre albedrío. En suma, para Borges el postulado según el cual el hombre hace la historia —empero, la hace en circunstancias históricas ajenas a su voluntad— sería un argumento más en aras de una historia del orden de lo fantástico.

Sabato terminará su respuesta en relación con el determinismo histórico, lo que le valdrá la contracrítica de Borges y la visita, otra vez, de su descreimiento a favor del método que alude a los hijos de perra y los canallas.

En cuanto a la justificación histórica del peronismo, a la discriminación de la parte de verdad que asistió al pueblo insurrecto —aunque fuera conducido por un siniestro demagogo—, al reconocimiento de su trágico desamparo durante años en quebranchales y frigoríficos y yerbales [...]; en cuanto los obreros y estudiantes que muchos años antes de Perón sufrieron cárcel, tortura y muerte por levantarse contra la injusticia social o por la enajenación de la patria a los consorcios extranjeros; en cuanto a todo eso, nada más que anatema e infamia (Sabato, 1971a: 60-61).

En marzo de 1957, Borges responderá con “Un curioso método” (1971). Dos son las maneras de concebir la historia: el libre albedrío, concepción autorizada a formular censuras y aprobaciones, o el determinismo, postura que rebaja al individuo a un mecanismo impersonal y fatal de hechos inevitables. En cuanto al peronismo, dice Borges, pululan las segundas, de tal suerte que, salvo el evidente Perón, la culpa la tienen los argentinos. En su respuesta a Sabato, Borges le subraya las locuciones *pueblo insurrecto*, *injusticia social*, *enajenación de la patria a los consorcios extranjeros* y *oligarquía*, locución que no aparece en el original, y lo nombra el “Padre de los Pobres” o “ligeramente variante de esta variante”. En resumen, Borges subraya que el tipo de análisis que practica Sabato es tambaleante, incorruptible, defensor de la violencia peronista y electorero. Y concluye:

Si, como sugieren los analistas, el pueblo hubiera sido partidario del dictador, la revolución [del 55], tan pobre de recursos materiales como rica de valentía, no habría alcanzado el triunfo. Por lo demás la ética no es un ramo de la estadística; una cosa no deja de ser atroz porque millares de hombres la hayan aclamado o ejecutado (Borges, 1971: 62-63).

En su respuesta, fechada en mayo de 1957, Sabato subirá el tono (1971b). Como rogaba el doctor Johnson, se vio obligado a mejorar los argumentos y a defenderse de la así juzgada calumnia. Al igual que Borges, mencionará los escarnios que sufrió en el peronismo. Pero, a diferencia de Borges, Sabato condenó la tortura no sólo en el peronismo o en el periodo 1930-1945, sino también en la revolución del 55, denuncia que censuraron Borges y otros por inoportuna y enemiga de dicha revolución. Esta denuncia le valió el despido como director de la revista semanal *Mundo Argentino*, cuando el 22 de agosto de 1956 se dio a conocer un reportaje incuestionable sobre el particular (Sabato, 1957b).

Como corolario, en relación con la oposición de los dos métodos propuestos por Borges, determinismo *versus* libre albedrío, Sabato responde:

Si se pronuncia por el libre albedrío, debe concluir que cualquier hombre en cualquier circunstancia puede hacer lo que quiera y por lo tanto es omnipotente; en este sentido las cosas se pondrían muy feas para Borges, porque cabría preguntarle —y hasta en forma amenazante— por qué permitió él la existencia de Perón (Sabato, 1971b).

El silencio posterior de Borges, por su parte, puede interpretarse como un asunto inconcluso, pero definitivo. En la polémica no hubo el ánimo a la concesión ni al acuerdo, tan caro a las voces pretendidamente democráticas. Las mismas voces de Borges y Sabato, que se aglutinaron en el número 237 de *Sur* a fines de 1955.

Deduzco algunas conclusiones. De gran goce verbal y con altas dosis de ingenio, Borges deja en suspenso sus labradas virtudes escriturales cuando se convierte en un escritor político. Quizá porque le domina el odio a propósito de Perón y el peronismo, no puede sino recurrir al insulto. Schopenhauer advertía que la cólera impide saber lo que se hace y menos todavía lo que se dice. Tan humana la descalificación, su defecto es que no pasa como argumento confiable. En descargo de Borges, no sólo despotricó él. Sin embargo, en materia política, ¿no estaba obligado a salirse del Borges empírico, tal como lo lograba en la creación de sus admirables mundos fantásticos? El origen social de Borges, ha indicado Sérgio Miceli (2010), ejerce un gran peso sobre él. Incluso el cuento “La fiesta del monstruo” (1977), escrito en noviembre de 1947 con Bioy Casares, no escapa de la misma cantaleta: Perón es un monstruo; el peronismo es la barbarie. En tanto figura intelectual, Borges plantea un interrogante: el suyo es un compromiso únicamente con la literatura, nada más pero nada

menos. En materia política, a Borges le bastó la frase aguda, pero lejos de la cosa profunda, tampoco matizada. Le basta y sobra el dictado de las buenas costumbres y de la tradición. Acaso no se equivoca Ricardo Piglia (2014) al asumir a Borges como aquel tipo que decía lo que la derecha no se atrevía a decir.

Deben llamar la atención el año de esta polémica y los textos que Sabato esgrime sobre la mesa. En junio de 1956 se publica *El otro rostro del peronismo*, ensayo que intentó el equilibrio en el juicio: ni todo execrable en el peronismo ni basta el exilio de Perón para confrontar los graves retos de coyuntura, así como de largo plazo. La denuncia de la tortura por parte de Sabato, argüida en la polémica contra Borges, anticipa de algún modo los descubrimientos del invaluable *no fiction* de Walsh. En suma, Sabato entendió que el compromiso de un escritor no sólo es con el acto literario o con la interpretación fundamentada, sino con el ejercicio mediante el cual la pluma debe soportar de algún modo la causa de los humillados y ofendidos. Asunto tanto más innegable cuanto no les faltaba razón. No se sigue que las contradicciones que supone todo intento de busca de un mundo menos injusto devengan en escritura de panfleto y mera sensiblería.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Amadeo, Mario (1956). *Ayer, hoy, mañana*. Buenos Aires: Gure.
- Barone, Orlando (compilador) (1976). *Diálogos Borges-Sabato*. Buenos Aires: Emecé.
- Borges, Jorge Luis (1946). "Palabras pronunciadas por Jorge Luis Borges en la comida que le celebraron escritores". *Sur* 142 (agosto): 114-115.
- Borges, Jorge Luis (1956). "Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada". *Sur* 242 (septiembre-octubre): 52-53.

- Borges, Jorge Luis (1971). “Un curioso método”. En *Claves políticas*, compilado por Ernesto Sabato. Buenos Aires: Rodolfo Alonso Editor.
- Borges, Jorge Luis, y Adolfo Bioy Casares (1977). *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*. Buenos Aires: Librería de la Ciudad.
- Coser, Lewis (1968). *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Feinmann, José Pablo (2011). *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina*. Vol. I. Buenos Aires: Planeta.
- Jozami, Eduardo (2006). *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*. Buenos Aires: Norma.
- Miceli, Sérgio (2010). *Ensayos porteños. Borges, el nacionalismo, la vanguardia*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Ocampo, Victoria (1955). “La hora de la verdad”. *Sur* 237 (noviembre-diciembre): 4-8.
- Piglia, Ricardo (2014). “¿Por qué Borges es un buen escritor?” [en línea]. Disponible en <<http://trapalanda.bn.gov.ar/jspui/handle/123456789/6551>> [consulta: 1 de diciembre de 2014].
- Sabato, Ernesto (1947). “La fuente muda”. *Sur* 157 (noviembre): 24-65.
- Sabato, Ernesto (1957a). *El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo*. Buenos Aires: Imprenta López.
- Sabato, Ernesto (1957b). *Caso Sabato. Carta abierta al presidente general Mario Eugenio Aramburu*. Buenos Aires: s.d.
- Sabato, Ernesto (1966). “Prólogo”. En *Pedro Henríquez Ureña*, compilado por Carmelina de Castellanos y Luis Alberto Castellanos. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Sabato, Ernesto (1968). “Sobre los dos Borges”. En *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo. Robbe-Grillet, Borges, Sartre*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.
- Sabato, Ernesto (1971a). “Una efusión de Jorge Luis Borges”. En *Claves políticas*, compilado por Ernesto Sabato. Buenos Aires: Rodolfo Alonso Editor.

Sabato, Ernesto (1971b). “Sobre el método histórico de Jorge Luis Borges”. En *Claves políticas*, compilado por Ernesto Sabato. Buenos Aires: Rodolfo Alonso Editor.

Salas, Horacio (1994). *Borges, una biografía*. Buenos Aires: Planeta.

Sánchez Riva, Arturo (1948). “*El túnel de Ernesto Sabato*”. En *Sur* 169 (noviembre): 82-87.